

# EL ECO DE FIGUERAS.

PERIÓDICO DE INTERESES LOCALES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Figueras, un trimestre. 2 pesetas  
Fuera de Figueras. . . . 2 id. 50 cènt.  
Dirigirse á la Administracion ó al impresor del periódico.

Se publica los Domingos.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

CALLE NUEVA, NUM. 23.

ANUNCIOS.

A 6 céntimos línea, los que contengan mas de 40 palabras.--A los suscritores se les hará el 7 por 100 de rebaja.--Pago adelantado.

Insértese ó nó, no se devuelve ningun original.

## ASESINATO del Presidente del Senado Peruano.

Una carta de Lima dá los siguientes detalles acerca del asesinato de Don Manuel Pardo, presidente del senado peruano, cometido el 16 de Noviembre:

«A las dos de la tarde de aquel día llegaba en su carruaje el Sr. Pardo á la puerta del Senado, donde estaba formada la guardia para hacerle los honores. La guardia se componia de unos doce soldados de infantería del batallon Pichincha, mandados por un capitán, Ulloa.

El Sr. Pardo, acompañado del Sr. Rivas y de otro amigo, pasó por delante de la guardia, haciéndole seña con la mano al jefe para que se retirara; y estaba entrando en un corredor estrecho que conduce á la Cámara, cuando el sargento Montoya le disparó su fusil á boca de jarro. La bala entró por debajo de la espaldilla izquierda; atravesó el pulmon del mismo lado, haciendo una herida horrible. El Sr. Pardo se apoyó convulsivamente en el brazo del Sr Rivas, y así anduvo algunos pasos al patio interior, cayendo sobre su piso de mármol. La detonacion del fusil habia atraído á algunos senadores á aquel sitio á presenciar aquel espectáculo terrible. Después de los primeros momentos de consternacion y de confusion, se llamó á algunos doctores, que declararon mortal la herida. La hemorragia que se

presentó, y que era imposible contener, no dejó la más ligera esperanza de salvacion. Se hizo cuanto era posible, y no se le levantó del sitio donde habia caído, para no empeorar la hemorragia. Lo único que se hizo fué colocar un almohadon debajo de su cabeza. En las agonías de la muerte se trajo un colchon del cuarto de uno de los porteros, y con mucho cuidado se acostó en él al moribundo.

Después de trascurridos algunos minutos, recobró el Sr. Pardo el conocimiento y sus primeras palabras fueron: «Debo mucho—un confesor—mi familia. «En seguida preguntó quién era el asesino, y cuando se le respondió que era uno de la guardia, dijo: «¡Pobre desgraciado! le perdono.» Al beber un poco de cognac, dijo: «me ahogo.» Cuando supo que su familia habia llegado, pidió que le incorporaran, y pocos momentos antes de morir, dijo: «mi familia la recomiendo al Congreso.» Sus últimas palabras fueron: «perdono á todo el mundo, incluso mi asesino.» Se le administró la Extrema-Uncion, y á las tres habia dejado de existir. Pocos minutos después fué trasladado el cadáver dentro del Senado, hasta las cinco que se lo llevaron para embalsamarlo.

El doctor Melgar, que se apeó del carruaje, después que los Sres. Pardo y Rivas, viendo que el sargento Montoya hacia fuego al presidente del Senado, le agarró por el cuello y luchó

con él para detenerle. Mientras tanto, los demás de la guardia permanecian impasibles. El sargento, después de una corta lucha, consiguió desasirse de las manos del señor Melgar, y se alejó á todo correr hácia la plazuela de la Inquisicion, sin que la guardia tratara de evitarlo; pero el sargento de un cuerpo de guardia de gendarmería que hay cerca del Senado, le persiguió y se apoderó de él. El asesino fué colocado en una habitacion del Senado, guardándole dos centinelas.

En la hora que transcurrió entre la perpetracion del crimen y la muerte, ocurrieron muchos incidentes conmovedores. El general Prado, presidente de la República, fué de los primeros que llegaron al lugar del suceso, habiendo ido á pié desde su palacio para ponerse al lado del que le habia precedido en la presidencia de la República. Al encontrarse al lado del moribundo exclamó: «¿qué vergüenza, qué vergüenza?» Extraordinariamente agitado, fué difícil disuadirle de dar la orden para que se ejecutara inmediatamente al asesino. La esposa del asesinado se apresuró á acudir al lado de éste, pero sus amigos no la dejaron acercarse á él hasta que habia muerto. Su hijo mayor, un jóven de 19 años, estuvo arrodillado al lado de su padre hasta que dejó de vivir. Alrededor habia grupos de senadores, ministros y amigos, mientras que los médicos

agotaban todos los recursos de la ciencia para aliviar los sufrimientos del herido. Tan pronto como llegó la noticia del asesinato al Tribunal superior, se reunieron sus miembros y se resolvió empezar sin tardanza los procedimientos judiciales. Los miembros del Tribunal se personaron en el Senado, llegando después de muerto el señor Pardo.

Ya el presidente Prado habia recobrado la calma, y entrando en el despacho del Secretario, dispuso que toda la guardia fuese relevada, desarmada y presa: que diera la guardia en ambas Cámaras el batallon Ayacucho, y que el cuerpo del coronel Antay se hiciera cargo de los presos. El presidente de la República, pálido y silencioso, no se movió del Senado hasta después de hecho el relevo de la guardia. Presenció él mismo la prision de los soldados que habian sido inmóviles testigos del asesinato. Después salió el presidente para el cuartel de la gendarmería y preguntó por el sargento que habia sujetado al asesino. Cuando se le presentó éste, le dijo: «Sargento Belloda, está usted ascendido al grado de subteniente.»

El presidente fué después á la Cámara de diputados, y allí conferenció con el Sr. Carrillo, presidente de la misma, y como habia fundamento para sospechar que tambien estaba complicada en el crimen la guardia, dió orden el general Prado de prender á todos sus individuos.